

*Tres abencerrajes modernos**

EMILIO GARCÍA GÓMEZ

Estaba yo sentado leyendo el ABC, un mediodía de primavera, en el largo poyo corrido que está enfrente del pilar de Carlos V, cuando vi llegar, bajando de la Puerta de la Justicia, a tres hombres jóvenes. Dos eran muchachos e iban vestidos con relativa elegancia; no así el otro, de alguna más edad. Los tres iban destocados. Por la fisonomía de dos de ellos, y porque los dos mejor trajeados iban cogidos de la mano, sospeché al punto que eran marroquíes. Lo eran, en efecto, porque apenas se sentaron en el poyo, bastante cerca de mí, movidos tal vez por mi ejemplo y convidados de la deliciosa sombra, rompieron a hablar árabe en voz bastante alta y con la libertad del que piensa —en este caso con error— que nadie le puede entender.

—¡Ya latif! —decía uno de los jóvenes, bien parecido y cuya fisonomía hubiera muy bien podido pasar por española—. No estoy conforme. A mí la Alhambra no me produce, como a ti, tristeza y desánimo. Al revés. Me da confianza y fe. Mira: yo no conozco más ciudad europea que ésta, a la que he tenido que venir, como tú, a estudiar. Los primeros días la recorrí por entero, sin dejar rincón, y vi que hay en ella cosas buenas y malas. Es más grande que Tetuán y Fez; pero no me negarás que es más sucia que Tetuán y casi más que Fez.

—Es verdad —dijo el otro mozo, de facciones correctas pero de tez casi negra— que hay mucha miseria; pero...

* Contenido en el libro *Silla del moro y Nuevas escenas andaluzas*. Revista de Occidente. Madrid, 1948.

—Dejemos eso —le atajó el primero—, porque no iba ahora a tratar ese asunto. Iba a decirte que lo mejor de la ciudad, y eso lo reconocen los mismos españoles, es la Alhambra. Y la Alhambra la hemos hecho nosotros. La hemos perdido; pero ¿por qué no podemos recobrarla o hacerla de nuevo en otro lugar?

—Ahmed, mira tu traje —le interrumpió el moreno (y Ahmed se miró y hasta se pinzó con los dedos la raya del pantalón)—. No te alarmes. No es que esté mal. Ya sé que tienes dinero para vestirte en un buen sastre. Te lo digo porque me resulta gracioso que, con ese traje, aspire a recoger la herencia de Boabdil. Desengáñate: apenas tenemos que ver con los que hicieron la Alhambra; casi lo mismo que tienen que ver los españoles con los romanos antiguos. Dejemos eso como una especie de blasón literario. Lo pasado, pasado, y el porvenir es de Dios. Entretanto, lo mejor que podemos hacer es estudiar, tú tu Medicina y yo mis Matemáticas. ¿No te parece, Mohammed?

El interpelado, el más viejo, que hasta entonces había permanecido en silencio, era pequeño, feo, mal vestido; parecía un beréber rural. Rompió a hablar sin mirar a sus interlocutores, con los ojos —lo único atractivo de su fisonomía— fijos en algo que ninguno veíamos:

—Yo no soy como vosotros. No he nacido rico, ni tengo tierras ni jardines. Me crié en el campo, porque así lo quiso el buen Dios. Luego el buen Dios me ha traído aquí, y aquí vivo bien, explicando mi clase de árabe vulgar. Es verdad que tengo mi mujer en Tetuán; pero no tenemos hijos; yo la mando unos duros y su familia la atiende. Aprendo, veo y fumo mi kif. ¿Por qué he de preocuparme de más?

—No le hables, Omar —dijo entonces Ahmed—. Sé que no hay que hacerle caso; pero me hace perder la paciencia. Yo quisiera luchar contra nuestro destino. No pienso ahora en nuestro pueblo fraccionado, sometido, atrasado; ni siquiera pienso en mí mismo. Pienso en todos nosotros, en la mejor juventud de nuestro país. ¿Te acuerdas, Omar, de cuando éramos pequeñines e íbamos con nuestras coletas y nuestras babuchas diminutas a llenar con las azoras del Corán nuestras tablillas de madera en el mesid que hay junto a la Mezquita Grande? ¿Te acuerdas de las noches de ramadán?, ¿y de aquellos pasteles de almendra que hacía la esclava negra de tu casa? ¿Y de aquel olor de canela y hierbabuena que había siempre en nuestro barrio? ¿Por qué, Dios mío, no podíamos seguir viviendo así? Y ahora mírame: estoy en una ciudad que no me gusta, entre gentes que no me gustan, estudiando cosas que aborrezco. No puedo con las horas, ni con las comidas, ni con las costumbres. No tengo ni un libro en nuestra lengua, y me paso las horas muertas leyendo aburridos librotos de texto en un idioma que no entiendo bien. Vivo en una pensión no demasiado mala; pero mi habitación es un cuchitril y en la cama tengo chinches. Todas las noches, cuando me acuesto, me desvelo imaginándome el trozo de jardín que se ve desde la ventana de mi cuarto de Tetuán, las camas con colchas brillantes y con bolas de oro que hay en la sala, y me duermo luego pensando en los colores que tienen las estrellas de azulejos de mi patio.

Mohammed interrumpió otra vez, absorto:

—Yo duermo siempre igual. Antes era en pleno campo o en la tierra del aduar. Ahora también duermo en el suelo de baldosas, encima de un jergón, y me tapo con una manta que traje del Rif.

Pero Omar, sin hacerle caso, contestó a su amigo:

—¿Y crees que cuando vuelvas a Tetuán, vas a encontrar tu casa como la dejaste? ¡Feliz tú, si la encuentras! A mí me escribe mi padre que van a tener que dejar la nuestra para tomar un piso europeo en el Ensanche. No pueden sostenerla, y se la quieren comprar para museo. Desde que murió aquella esclava negra que hacía esos pasteles de almendra, mi madre ha cambiado muchas veces de criada y ahora tienen una española. Cuando me vine, ya la ayudaba una costurera cristiana como asistenta. Todo lo antiguo se hunde. Ya no se pueden hacer telas finas ni aquellos bordados tan preciosos. A ti mismo, cuando vas allá, no te gusta llevar chilaba ni tarbús, y sales siempre a la calle con zapatos. Mi padre me dice con escándalo que Musa va a casarse de smoking. Pongamos que mañana fuésemos un pueblo independiente; ¿es que crees que tu madre iría a Tánger en la mula, como iba la suya en sus tiempos? Ya no podemos prescindir del automóvil. Y en todas partes pasa igual, incluso entre nosotros. Ya sabes lo que cuenta Dris de El Cairo.

—Pero esta sensación de sentirse siempre humillado...

—En todas partes ocurre lo mismo. Aquí, al menos, respiramos algo nuestro, y los españoles no nos tratan mal. El ser marroquíes más bien nos ayuda a terminar nuestras carreras. ¿Qué crees que pasa en la zona francesa? No creo que tenga que contártelo. Y en el mismo Cairo. En los días que estuve allí, cuando volví de la Meca, se me ocurrió ir a ver una cosa que llaman ópera, que yo no sabía lo que era. Fui con Ibrahim y tomamos butacas de arriba. Todo estaba lleno de franceses. Aquello era una tabarra tremenda, no se acababa nunca, y porque nos pusimos a hablar en voz baja nos echaron de la sala.

—Yo siempre he sido humilde —interrumpió Mohammed, como hablando a solas—. Nadie ha tenido que humillarme. He fumado cuando he querido mi kif sentado en el último rincón.

Sus dos amigos no le hicieron caso.

—Quizá tienes razón —dijo Ahmed con un suspiro, tras una larga pausa—. Pero por eso me gusta subir a la Alhambra. Me consuelo y me exalto al mismo tiempo. Sueño, aunque luego me haga daño. Esto es más nuestro que de nadie. A los españoles, quitados cuatro artistas, no les interesa. Los granadinos no suben nunca. No ves más que extranjeros curiosos, que te dan la sensación que están mirando por la rendija de nuestra puerta, como esos que dejamos burlados, con los ojos ansiosos, cuando en Tetuán entramos por la puerta de la mezquita. Me gustaría echarlos a todos, quedarme solo en la Alhambra, descalzarme, atravesar descalzo los suelos de mármol y los canalillos del agua, tenderme a tomar un té muy cargado de hierbabuena, mirando el gran surtidor, y poderles decir a todos: Fuera, no quiero que entréis; esto no es para vosotros; lo hicieron mis abuelos; es mío, mío. Y sin embargo... He querido varias veces leer los versos de la paredes y no sé el árabe suficiente para descifrarlos.

Mohammed, sin mirarles, volvió a intervenir:

—Yo los he leído copiados en un libro español. No son nada, no dicen nada, están muertos. Prefiero las canciones de mis montes, que no se escribieron nunca.

Y a continuación escuché esto que me dejó atónito, aunque luego he comprobado que era verdad:

—Prefiero los versos de Bécquer.

Hubo otra larga pausa, y Omar objetó, pero ya sin afán polémico, contagiándose del tono del soliloquio:

—A mí también me gusta la Alhambra. Quizá más que a ti. Me gusta tanto que prefiero no verla. Nuestra tragedia es la doble vida, y la Alhambra la fomenta. Me quita ánimos para lo que no me gusta, pero que “tengo que hacer”. ¡La doble vida! Parece que Granada está hecha para eso. ¿Sabes lo que pienso siempre que subo al Albaicín, cuando nos convida a merendar don Fulano? Pues pienso: en esta casa habrá vivido uno de mis abuelos. Primero practicaría nuestra religión, y a la larga tendría que hacer que la dejaba, y bautizarse. Bautizaría también a sus hijos, y luego, en casa, bien cerradas las puertas, les fregaría la cabeza para borrarles las huellas del óleo. Iría los domingos a misa y, al volver, reuniría a sus hijos y les leería un Corán que tendría escondido. Viviría siempre con miedo, con espanto, no le delatará una palabra. Hasta comería alguna vez tocino para vomitarlo luego. Y así, hasta que lo echasen. Confieso que lo nuestro es más llevadero y que alguna vez podremos salir adelante. Yo quiero trabajar y trabajar, y no pensar en esto. Mis crisis, que alguna tengo, no son como las tuyas de exaltación, sino de desánimo. Yo les diría a los españoles: ¿Por qué nos echasteis? Dejadnos. Nos quedaremos como los gitanos. ¿No son éstos una casta aparte, y creen otras cosas, y se casan a su manera, y a vosotros no os molestan y hasta os gustan? Dadnos un barrio chiquito, aunque sea pobre, para nosotros solos, con tal que desde él se vea la Alhambra.

—No hace falta barrio —volvió a interrumpir Mohammed—. ¿Para qué quieres salvar a los demás? Salvate tú solo y no te lo impedirá nadie.

En aquel momento irrumpió en escena un grupo de extranjeros, la mayoría alemanes, desmandado de una enorme caravana llegada en automóvil. Aprovechaban, como otras veces, la escala de un trasatlántico en Málaga para pasar unas horas en Granada. Reían y bromeaban alocadamente, en rebaño, sin intimidad. Un guía les dijo en mal alemán unas cuantas palabras sobre el pilar de Carlos V. Se hicieron dos docenas de fotografías. Se alejaron riendo como vinieron, y volvimos a quedar solos.

Entonces Ahmed le preguntó a Omar:

—¿Sigues saliendo con Pepita?

—Algunas tardes —contestó— vamos a merendar o al cine. Empiezo a retraerme lo que puedo, porque creo que es una mala acción. Tú sabes que al principio no había nada. Me tenía simpatía, y ¡es tan agradable en nuestras circunstancias, sentir que se nos ve con gusto y no se nos desprecia! Pero ahora la quiero y me parece que ella a mí. Y no es posible. Ella no se acostumbraría a nuestra vida...

—Perdona que ahora sea yo —le atajó Ahmed— el que te recuerde la situación. Cuando estés casado con la Fatma que te destina tu familia, ¿crees que vas a encontrar un piso que no sea en el Ensanche? ¿Crees que no te obligará a que la lleves todos los sábados a Ceuta para ver la última película?

—Ya sé que todo ha cambiado mucho; pero hay algo que no cambia: la religión. Ella es cristiana sincera, y yo musulmán convencido. Ni su familia querría ni la mía tampoco. No hay nada que hacer. Y, a pesar de lo dulce que me es su compañía, comprendo que la estoy perjudicando y que puedo destrozarle la vida.

Y Mohammed, como siempre:

—Yo no he destrozado la vida de nadie. Cuando me atormenta el recuerdo de la mujer, pienso en las huríes del Paraíso.

Pasaron unos estudiantes del Instituto que habían venido a preparar sus exámenes en la Alhambra. Llevaban sus libros bajo el brazo. Me preguntaron y les dije la hora. Cuando pasaron volvió a hablar Ahmed:

—No tengo ganas de ir a comer a la fonda. ¡Qué no daría por comer hoy como en casa!

—Yo tampoco iré a la mía —contestó Omar, y dirigiéndose a Mohammed:

—¡Ya Mohammed! ¿Podríamos comprar algo, y que tú nos lo guisaras lo más parecido a la usanza de nuestra tierra?

—Como queráis. Yo tengo buen alcuzcuz. Tengo té. Fumaremos luego kif.

—Pues vamos.

Y se perdieron cuesta abajo.

Di sus señas y pregunté por ellos en Granada. No me dijeron nada que pudiese ampliar lo que ya conocía; pero supe sus nombres concretos y algunas otras circunstancias puramente externas.

Pasados bastantes años, en un reciente viaje a Tetuán, volví a preguntar por ellos. Ahmed terminó su carrera de Medicina, pero no la ejerce. Vive de sus rentas. Viste a la europea; pero, en todo lo demás y en lo posible, se apega a la tradición. Es nacionalista moderado, y obtiene de su posición algunas ventajas oficiales. Siempre anda bastante retirado. Algunas veces los periódicos árabes publican versos suyos, correctos, anacrónicos, desvaídos.

Omar no llegó a terminar su carrera de Comercio. Es dinámico y emprendedor. Tiene en el barrio moro un almacén de perfumería, casi a la europea, y proyecta trasladarlo al Ensanche y hacer la competencia a los judíos y a los indios. Se ocupa poco de política. Viste también a la europea y nunca lleva nada en la cabeza. Por las noches juega al póker con militares en el Casino Español.

En cuanto a Mohammed, me costó trabajo saber qué había sido de él. Parece que perdió su puesto en Granada y que tuvo que volver a Tetuán. Bebía, estaba glicoso y le acometían ataques de locura. La familia no pudo aguantarlo y lo recluía, siempre que le era posible, en una casa de locos. Cuando estuvo en libertad, nunca se supo de qué vivía. En uno de estos intervalos se murió solo, como un perro.